

Universidad Nacional de Colombia
Colombia

Universidad Nacional de Colombia
Bogotá, Colombia

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ezequiel Adamovsky.

Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003.

Buenos Aires: Editorial Planeta, 2009. 538 páginas.

Esta obra es el resultado de una investigación profunda, ambiciosa y, ante todo, muy bien documentada sobre la formación histórica de la clase media argentina durante el siglo xx. Ezequiel Adamovsky, profesor asociado de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, nos entrega un libro con una narrativa cautivante dirigida a un público más amplio que el estrictamente académico. Su estudio hace parte de una creciente producción historiográfica que analiza la formación histórica de la clase media en América Latina. Si bien los historiadores, sociólogos, antropólogos y, en general, científicos sociales suelen pensar las relaciones sociales en términos bipolares (ricos y pobres, élites y plebeyos, oligarcas y pueblo, los de arriba y los de abajo, las élites y los subalternos), Adamovsky nos dice que en el caso argentino esta tendencia historiográfica y analítica se ha traducido en una preocupación por explicar el “fracaso nacional” ya sea por el papel de las oligarquías o del movimiento popular peronista, o por las dificultades que tiene la clase obrera para asumir su papel revolucionario en la historia. Con esto entonces el autor trae a debate la función crucial que desempeñaron las clases medias —así como su apogeo y decadencia— en el desarrollo político, social y cultural de la nación argentina durante el siglo xx.

Según Adamovsky, la clase media no es una “cosa directamente observable” (p. 11), a diferencia de lo que sí ocurre con obreros y empresarios, pues aunque se podría discutir sobre si estos últimos dos grupos forman una clase, es fácil saber a qué se refieren las expresiones *clase obrera* o *clase empresarial*, ambas clases se pueden ver, tocar, escuchar. La *clase media*, por el contrario, es una clase difícil de diferenciar; no es tan evidente clasificar ciertos grupos como clase media, pues a pesar de que se ubiquen en el estrato medio de la pirámide social, esto no garantiza que tengan una identidad de clase media. Precisamente, por “no ser directamente observable”, es entonces y ante todo una imagen mental, una metáfora, una expresión en la variada jerga política argentina del siglo xx.

Sin avanzar mucho en la lectura uno empieza a dudar acerca de la pertinencia de tan drástica distinción. En efecto, como lo han mostrado diversos trabajos sobre la formación histórica de la clase obrera y la clase empresarial, las identidades sociales y políticas de estas dos clases no son inmediatamente observables, pero, según Adamovsky, sí lo son. Por ello, a lo largo del texto, el término *clase media* va entre comillas, mientras que *élites* y *clases obreras* no necesitan un delimitador lingüístico. En mi opinión, no se trata de un mero detalle formal. A falta de uno mejor, el autor prefiere el concepto *sectores medios*, con lo que retoma la argumentación famosa de John Johnson para caracterizar la variedad de grupos sociales que no son ni trabajadores manuales ni ricos. Por

[209]

tal razón, la pregunta central no es “qué es clase media, sino cuándo, y por qué [y si] determinados grupos de personas adquieren esa identidad y no otra” (p. 13).

Precisamente, es a partir de este aparato conceptual a partir del cual se organiza el libro. En la primera parte se analizan las razones de la ausencia de una clase media en Argentina durante el siglo XIX y se contrasta con la experiencia de Francia e Inglaterra. En Francia, por ejemplo, desde finales del siglo XVIII existía una clase media real, clara y unificada; mientras que en Argentina ese proceso fue esporádico y circunstancial: la clase media estuvo débilmente arraigada y no creó una identidad social. Eso fue así por lo menos hasta la cuarta década del siglo XX. Según me parece, se trata de una visión teleológica, es decir, la ausencia se establece en función de un modelo, en este caso, el europeo. Se asume que en Europa hubo un proceso temprano, unificado y homogéneo, mientras que el de Argentina siempre se ha entendido como derivado y, por lo tanto, tardío y débil.

En este contexto Adamovsky se dedica a analizar los diferentes cambios que experimentó la sociedad argentina durante las primeras décadas del siglo XX que finalmente llevaron a que se instaurara una clase media en el ámbito nacional. La profundización del capitalismo, los procesos de urbanización, la intensificación de experiencias migratorias, la consolidación de un aparato estatal, la diversificación de ocupaciones, la consolidación de las protestas sociales y el fortalecimiento de solidaridad de clase fueron entonces los factores que desafiaron un orden social decimonónico, el cual discriminaba a la sociedad en dos sectores: “gente decente y la plebe”. Las élites, en respuesta a la politización de la sociedad, a la consolidación del obrerismo, al surgimiento de partidos de izquierda, respondieron con un programa de división política para mantenerse en el poder. Buscaron, durante los años veinte y treinta, crear diques para separar de manera distintiva a los de abajo de los del medio, a los más revoltosos del resto de la población. Promulgaron a través de la educación y de los nuevos medios de comunicación discursos raciales en los que “el ciudadano real” era imaginado como la fusión racial de todos los grupos étnicos —negros, mestizos, mulatos e indios—, construyendo así un imaginario en el que la nación supuestamente se transformó en una sociedad homogénea, blanca y europea. Crearon ciudadanos consumidores, hombres que se dedicaran a la familia en cuanto célula esencial para el desarrollo económico de la nación. Con dichos discursos se consideraban respetables a quienes seguían ciertas pautas culturales, mientras que se deslegitimaban a quienes se oponían al orden racial y de clase. Eran calificados como “revoltosos”.

En la segunda parte del libro se explican cuáles fueron “los primeros pasos” para la consolidación de una identidad de clase media. Aunque se reconoce que existían “sectores medios” que eran resultado de la diversificación ocupacional y profesional durante las tres primeras décadas del siglo XX, se dice que no existió una clase media con identidad social objetiva o subjetiva. La razón principal de este hecho fue la carencia de un elemento homogenizador que aglutinara y uni-

ficara las diversas ocupaciones y profesiones. En otros términos, el autor insiste en la búsqueda de criterios axiomáticos para distinguir clase media de sectores medios, pero como estos sectores no necesitaron apelar a una identidad de clase como principio de homogeneización, estos grupos sociales solo llegaron a ser, o se mantuvieron como, sectores medios. Manteniendo como referencia un modelo europeo, Adamovsky dice que ingenieros, médicos, asalariados de cuello blanco vivieron disímiles condiciones objetivas en cuanto a niveles salariales, prestigio social y función laboral. Agrega que no existió una conciencia de clase media como parte de la vida gremial de cada rama profesional u ocupación. Después de un detallado estudio del gremialismo concluye que no se formaron lazos políticos de solidaridad y que algunos miembros de estos sectores aunaron fuerzas con los obreros mientras que otros prefirieron sumarse a la causa patronal. De esta manera se diluía la diferencia social específica de clase.

[211]

No obstante, Adamovsky advierte que la falta de cohesión durante los años treinta no significaba que médicos o profesionales no se sintieran parte de una clase media. Establece, pues, una diferencia entre lo que una persona puede sentir y pensar de sí misma y su falta de identidad a la hora de defender sus intereses materiales. Con esta argumentación el autor sugiere una radical separación entre identidades subjetivas y proyectos económicos. Lo que no deja de suscitar preguntas de este tipo: ¿Cómo desprenderse de las condiciones subjetivas con el fin de luchar por cambios objetivos y materiales? ¿Es posible sentirse parte de la clase media “en la vida en general”, y no hacerlo a la hora de las luchas gremiales? ¿Acaso esas mismas confrontaciones no fueron una oportunidad para lograr beneficios materiales y con esto afirmar un sentimiento de clase? ¿Las identidades de clase son posibles solo a través de lazos de homogeneidad? Opino que la formación histórica de las identidades de clase media se forjó a través de la heterogeneidad de significados y prácticas.

Esta débil cohesión no le impide al autor reconocer que la idea de clase media apareció en los debates políticos, reflexiones académicas y producciones culturales de los años cuarenta, así fuese tímidamente. En el vocabulario de la élite liberal y progresista, los liberales esperaban que la clase media sirviera de equilibrio político y social y evitara el avance del comunismo; en el de los partidos de derecha, que contribuyera a apaciguar la movilización obrera y popular. La izquierda, por su parte, se valió de la noción de *clase media* para acercarla a la concepción que el pueblo tenía de esta e impedir su aproximación al fascismo. En resumidas cuentas, fue una movilización promovida por intereses políticos ajenos a los “sectores medios”, más bien lo fue en beneficio de una élite que precisaba consolidar un programa contrainsurgente.

El tema de la tercera parte es el periodo peronista. Se muestra la manera en que, durante el gobierno de Perón, los argentinos comenzaron a considerarse como un país de clase media. Perón, en sus primeros años y para no depender solamente de los obreros, buscó el apoyo de los sectores medios y los convocó en

[212]

1944 a que contribuyeran a la obra nacional debido al riesgo que había de que el comunismo tuviera más influencia en la sociedad que el nacionalismo. Pero este interés decayó rápidamente: las agremiaciones se desilusionaron de Perón y él prefirió politizar a su favor las clasificaciones sociales, hecho que polarizó la lucha social entre trabajadores pobres y descamisados, por un lado, y el gran capital, por otro. El autor muestra, además, que el efecto que causó todo esta situación fue poner en duda pilares de la definición de los grupos sociales argentinos: lo plebeyo adquirió mayor respetabilidad, se cuestionó la decencia asociada con ser blanco y de la élite, mientras que el obrero, el pobre, el cabecita negra, el descamisado fueron considerados auténticos representantes de la sociedad argentina y, ante todo, el futuro de la nación. En este contexto, la clase media aparece como reacción antiperonista, pues pretende restablecer un orden de jerarquías sociales y culturales que el peronismo desconocía, entre estas la importancia de educación y la riqueza. Sin embargo, se trata de una hipótesis sobre la cual era de esperar una ilustración más detallada. Incluso encuentro inconsistencias entre la primera y segunda parte, pues, si como se dice, antes de 1944 la clase media era débil en términos políticos, esporádicamente representada en el ámbito cultural y casi inexistente como identidad social, entonces, ¿cómo explicar una reacción tan fuerte contra el peronismo? A pesar de que se puede aceptar que la politización de las diferencias sociales fue clave en la creación de identidades, no queda claro qué se pretendía implementar con ese proyecto populista peronista al no existir un referente político, social y cultural fuerte. No me parece convincente la distinción radical entre lo que Adamovsky denomina intereses políticos (el proyecto de la élite de crear una clase media como contrainsurgencia) e intereses sociales (sectores medios que no logran consolidarse como clase). Quizá, en realidad, fue una diferenciación menos tajante. Además, con alguna probabilidad se puede suponer que el proyecto político de las élites durante las primeras décadas del siglo xx fue apropiado por sectores medios para definirse como clase media, y que con la consolidación del peronismo y su desafío a las jerarquías tradicionales, esas identidades reformularon su papel político y sus prácticas sociales. Dejaron de ser fuerza contrainsurgente para convertirse en reacción contra el peronismo.

De lo que no cabe duda, después de haber leído este libro, es el notorio papel político de la clase media durante el peronismo. Asimismo, la clase media fue protagonista de la caída de Perón, junto con la jerarquía católica y las fuerzas armadas; y “llegó al paraíso” con el ascenso de Frondizi. Promovió la “desperonización” de los trabajadores y la reconciliación de clases. Los militares en el poder se valieron de la noción de *clase media* como bastión del nuevo orden. Los editoriales de periódicos liberales la elogiaron como signo de equilibrio, progreso y antídoto contra las tendencias totalitarias. En este contexto, entre 1956 y 1957, con el soñado objetivo de alcanzar orden y progreso se crearon las primeras organizaciones que agrupaban exclusivamente a la clase media. Si bien

su impacto fue limitado precisamente porque sus integrantes no eran de clase media, “salta a la vista que muchos de ellos no procedían de la clase media, sino de la alta” (p. 337).

El autor parece tener claro de antemano quién pertenecía a la clase alta y quién a la media. Por una parte, esto no deja de llamar la atención, pues a lo que deberíamos dedicar nuestros esfuerzos investigativos es a precisar esa pertenencia de clase, es decir, a averiguar por la construcción de identidades sociales y políticas. Por otra, no resulta difícil comprender las razones por las cuales esas asociaciones surgieron precisamente en los años cincuenta; sin embargo, lo que el autor omite es el desarrollo de la propuesta expuesta en “Introducción” del libro, a saber: “por qué determinados grupos de personas adquirieron una identidad y no otra” (p. 13).

[213]

En la cuarta y última parte del libro se aborda el examen que Adamovsky hace a los desarrollos de los últimos cincuenta años. En primer lugar, destaca el despertar de los movimientos políticos de izquierda y la radicalización de las luchas obreras durante los años sesenta. En dicho contexto la clase media fue objeto de reproches y de elogios; se le acusaba de racista, de oponerse a los trabajadores, de egoísta por no promover los intereses nacionales. Muchos estudiantes, a pesar de ser de origen de clase media, la criticaron y se sentían más cercanos a los trabajadores; prefirieron ocultar su extracción, reprocharon a la clase media para despejar toda duda de que estaban verdaderamente del lado del pueblo. Pero sectores conservadores la elogiaban por defender la jerarquía y el orden. Una vez más Adamovsky considera la clase media como imagen mental, como metáfora. Se centra en los debates, pero sin explicarle al lector cómo esos debates contribuyeron a la construcción de una identidad. Queda pendiente que se nos dijera algo más sobre la manera de construir identidades de la clase media desde la misma clase media.

En segundo lugar, se estudia el impacto de las políticas neoliberales, las cuales fragmentaron la clase media. El consumo ostentoso, las ganancias rápidas, las pronunciadas diferencias salariales reemplazaron aspectos tan importantes como la educación, el trabajo y el ahorro, aspectos asociados a la clase media. El efecto es, pues, un empobrecimiento de la clase media y, por tanto, un temor a perder estatus y a convertirse en aquel “otro” que esta clase siempre había querido excluir, marginar, no ser. Para afianzarse frente al peligro, se forman agrupaciones que públicamente se proclaman sus defensoras. Se invita a una rebelión de la clase media —propuesta de un escritor de historietas— aunque se haga a nombre de ideas peronistas que, como se dijo, no reivindicaban su consolidación.

El autor se opone a que las protestas del 19 de diciembre del 2001, el cacerolazo, sean consideradas como un movimiento de clase media, pues “ese día no solo salió gente de esa clase a la calle, sino que también lo hicieron personas de clase baja” (p. 458). Es decir, que este cacerolazo, como protesta social y política, no se identificó con un solo sector, sino con varios. Y por supuesto que la clase

[214]

media estaba acompañada de los obreros, lo que muestra la heterogeneidad de intereses en los movimientos sociales. Según el autor, para que exista un movimiento de clase media este debe ser homogéneo en su llamado político y unificado en su identidad social. Por eso, a lo largo de la argumentación uno capta la preocupación del autor por definir *a priori* lo que sería una verdadera participación política que simultáneamente tienda a no prestarle atención a la heterogeneidad en los proyectos políticos gestados por la clase media argentina durante el siglo xx. Reconocer esta heterogeneidad nos ayudaría a observar críticamente cómo en esta multiplicidad de proyectos algunos grupos sociales lograron construir varias identidades de clase media.

Los reparos que he presentado no impiden reconocer que *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión* contribuye a enriquecer la historiografía de la clase media en América Latina, precisamente por tratarse de un libro sugestivo en sus argumentos y exhaustivo en su documentación que, además, invita al debate teórico e histórico. Historiadores, sociólogos, antropólogos, politólogos, y el público en general pueden encontrar una lectura provechosa si lo que buscan indagar es el lugar de la clase media en la modernidad, el neoliberalismo y la globalización.

ABEL RICARDO LÓPEZ PEDREROS

Western Washington University

ricardo.lopez@wwu.edu

Geoff Eley.

Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad.

Valencia: Universidad de Valencia, 2008. 297 páginas.

El libro de Geoff Eley pretende ser un texto autobiográfico con una abierta y marcada opción política, sin embargo, termina siendo un texto que además de presentar una panorámica historiográfica que diluye la anunciada o supuesta participación del autor también inscribe dicha historiografía de manera ecuanime en las dinámicas de la historia mundial recurriendo a posiciones políticas del autor muy bien matizadas. Su paradójica condición vital de ser un historiador británico que trabaja sobre la historia de Alemania en universidades de los Estados Unidos, enunciada de manera discreta en varios momentos del relato, refleja la complejidad y al mismo tiempo amplitud con que aborda el problema de aparición de la historia social y su tránsito incierto hacia la difusa línea de la historia cultural, frecuentemente denominado como “giro lingüístico” o “giro cultural” de la historia social. Quizás de allí radiquen las motivaciones para el título *Una línea torcida*. La presentación de los historiadores marxistas británicos se me antoja mucho más rica, completa, contextualizada y al mismo